

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

LUCAS

Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John MacArthur

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 y 2 Corintios

Gálatas, Efesios

Filipenses, Colosenses y Filemón

1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito

Hebreos y Santiago

1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas

Apocalipsis

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

LUCAS

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 1-5*
© 2009 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 6-10*
© 2011 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 11-17*
© 2013 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 18-24*
© 2014 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Lucas*
© 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1567-8

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18 17 16

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Dedicatorias

Lucas 1–5

A la memoria de Mike Taylor, quien sirvió fielmente a Cristo en Grace to You durante veintisiete años. Entre otras actividades, Mike coordinaba el trabajo editorial en estos comentarios. Fue un gran privilegio no solo ser su pastor sino también trabajar junto a él en todo ese tiempo. El Señor se llevó al cielo a Mike de manera inesperada precisamente cuando este comentario en inglés estaba yendo a la imprenta. Extrañaré su dedicada colaboración y la forma llena de alegría en que constantemente nos animaba a todos.

Lucas 6–10

Dedicado a Bruce Alvord, Brian Kinzel y Greg White, misioneros de Grace Church, con ocasión del vigésimo aniversario del Seminario Bíblico Irpin. En las últimas dos décadas, estos hombres fieles han magnificado el nombre de Cristo por medio de sus incansables esfuerzos en capacitar eficazmente a mil doscientos ciudadanos ucranianos en el estudio de la Biblia y en la predicación expositiva. El cuerpo estudiantil actual, que representa a doscientas iglesias nacionales, proporciona evidencia de la fortaleza de este ministerio excepcional. El fruto del trabajo de estos hombres, cuya magnitud exacta no se puede conocer en esta parte del cielo, es un legado que perdurará en la antigua Unión Soviética para muchas generaciones venideras.

Lucas 11–17

Dedicado a Albert Mohler, apreciado amigo y voz confiable de claridad en tiempos confusos. Me encantan su compromiso sin complejos hacia la autoridad de las Escrituras, su liderazgo valiente, su incansable celo, y su devoción fiel a la verdad... escrita y encarnada. Él representa la rara combinación de intelectualismo intrépido y amor apasionado por el Señor (no simplemente curiosidad académica). Por medio de su influencia, Albert ha impulsado a una generación de predicadores que da a conocer sus convicciones.

Lucas 18–24

Dedicado a Iain Murray, cuyos nobles esfuerzos por animar a hombres de Dios bendecidos por el Espíritu en el pasado han dado vida a hombres de Dios en la actualidad. Soy uno de tales individuos agradecidos. Iain ha hecho que muchos santos parezcan amigos personales y, en el proceso, él también se ha convertido en amigo.

Contenido

Prólogo.....	13
Introducción	15
1. Prólogo de Lucas (Lc. 1:1-4)	23
2. Revelación de Dios a Zacarías (Lc. 1:5-14, 18-25)	31
3. Grandeza de Juan el Bautista (Lc. 1:15-17).....	43
4. Anuncio divino a María (Lc. 1:26-33).....	51
5. Nacimiento virginal: Un milagro divino (Lc. 1:34-38)	61
6. María y Elisabet: Confirmación de la profecía angelical (Lc. 1:39-45)	71
7. Alabanza de María (Lc. 1:46-55).....	80
8. Revelación de Dios en el nacimiento de Juan el Bautista (Lc. 1:56-66)	90
9. Cántico de salvación de Zacarías. Primera parte: El pacto davídico (Lc. 1:67-71).....	97
10. Cántico de salvación de Zacarías. Segunda parte: El pacto abrahámico (Lc. 1:72-75).....	106
11. Cántico de salvación de Zacarías. Tercera parte: El nuevo pacto (Lc. 1:76-80)	114
DIGRESIÓN: ¿Por qué todo calvinista que se precie de serlo debe ser premilenialista?	125
12. Nacimiento de Jesús en Belén (Lc. 2:1-7)	138
13. Anuncio del nacimiento de Jesús (Lc. 2:8-20)	150
14. Testigos de Jesús. Primera parte: José y María (Lc. 2:21-24)	164
15. Testigos de Jesús. Segunda parte: Simeón y Ana (Lc. 2:25-38)	171
16. El asombroso niño que Dios fue (Lc. 2:39-52).....	184
17. Preparación del escenario para Jesús (Lc. 3:1-6)	195
18. Verdadero arrepentimiento: Autopista de Dios hacia el corazón (Lc. 3:7-17).....	208
19. Audacia de Juan el Bautista (Lc. 3:18-20).....	219
20. Confirmación divina del Mesías (Lc. 3:21-22)	227
21. Linaje real del Mesías (Lc. 3:23-38)	235
22. Tentación del Mesías (Lc. 4:1-13)	242
23. Jesús regresa a Nazaret (Lc. 4:14-30)	253

24. Autoridad de Jesús sobre los demonios (Lc. 4:31-37)	267
25. Jesús: El libertador divino (Lc. 4:38-44)	276
26. Características de la divinidad de Jesús (Lc. 5:1-11)	285
27. El Salvador sanador y perdonador (Lc. 5:12-26)	296
28. Llamado a un miserable pecador; confrontación con hipócritas farisaicos (Lc. 5:27-32)	310
29. Singularidad del evangelio (Lc. 5:33-39)	318
30. Señor del día de reposo (Lc. 6:1-11)	326
31. Hombres comunes, llamado poco común. Primera parte: Introducción (Lc. 6:12-13)	336
32. Hombres comunes, llamado poco común. Segunda parte: Pedro (Lc. 6:14a)	345
33. Hombres comunes, llamado poco común. Tercera parte: Andrés, Jacobo (Lc. 6:14b, c)	360
34. Hombres comunes, llamado poco común. Cuarta parte: Juan (Lc. 6:14d)	367
35. Hombres comunes, llamado poco común. Quinta parte: Felipe, Bartolomé (Lc. 6:14e, f)	374
36. Hombres comunes, llamado poco común. Sexta parte: Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo (Lc. 6:15-16a)	383
37. Hombres comunes, llamado poco común. Séptima parte: Judas Iscariote (Lc. 6:16b)	393
38. Popularidad y poder de Jesús (Lc. 6:17-19)	402
39. Carácter de un verdadero cristiano (Lc. 6:20-26)	409
40. Amor del reino (Lc. 6:27-38)	419
41. Peligro de seguir a maestros espirituales equivocados (Lc. 6:39-49)	429
42. El hombre que asombró a Jesús (Lc. 7:1-10)	438
43. Poder de Jesús sobre la muerte (Lc. 7:11-17)	446
44. ¿Eres tú el que había de venir? (Lc. 7:18-23)	455
45. El hombre más grande que jamás ha existido (Lc. 7:24-30)	464
46. Parábola de los muchachos malcriados: Estilo frente a sustancia (Lc. 7:31-35)	472
47. La pecadora transformada (Lc. 7:36-50)	479
48. Alcance del ministerio de Jesús (Lc. 8:1-3)	487
49. Receptividad al evangelio: Parábola del Sembrador (Lc. 8:4-15)	495
50. Ten cuidado con lo que escuchas (Lc. 8:16-21)	506
51. Calma en medio de la tormenta (Lc. 8:22-25)	513
52. El lunático que se convirtió en misionero (Lc. 8:26-39)	522
53. Poder compasivo de Jesús (Lc. 8:40-56)	533

54.	Descripción de un mensajero cristiano (Lc. 9:1-9)	544
55.	El Señor misericordioso (Lc. 9:10-17)	553
56.	La pregunta más importante de la vida (Lc. 9:18-22)	560
57.	Retrato de un verdadero discipulado (Lc. 9:23-26)	567
58.	Vista previa de la segunda venida (Lc. 9:27-36)	580
59.	Significado de la fe (Lc. 9:37-45)	588
60.	La característica de la verdadera grandeza (Lc. 9:46-50)	598
61.	Una misión de misericordia (Lc. 9:51-56)	607
62.	Obstáculos para el verdadero discipulado (Lc. 9:57-62)	615
63.	Elementos esenciales para evangelizar (Lc. 10:1-16)	622
64.	Gozo en el regreso de los setenta (Lc. 10:17-24)	634
65.	Cómo encontrar vida eterna (Lc. 10:25-37)	646
66.	La prioridad del cristiano (Lc. 10:38-42)	656
67.	Modelo de Jesús para toda oración. Primera parte: Enseñanos a orar (Lc. 11:1-2a)	662
68.	Modelo de Jesús para toda oración. Segunda parte: La persona de Dios (Lc. 11:2b, c)	669
69.	Modelo de Jesús para toda oración. Tercera parte: Propósito de Dios (Lc. 11:2d)	678
70.	Modelo de Jesús para toda oración. Cuarta parte: Provisión de Dios (Lc. 11:3-4)	689
71.	Modelo de Jesús para toda oración. Quinta parte: Promesa de Dios (Lc. 11:5-13)	705
72.	La humillación de Jesús (Lc. 11:14-23)	714
73.	Peligro de la reforma moral (Lc. 11:24-28)	722
74.	Juicio sobre una generación mala (Lc. 11:29-36)	730
75.	Características de los falsos religiosos (Lc. 11:37-54)	741
76.	Cura segura para la hipocresía (Lc. 12:1-12)	756
77.	El rico insensato (Lc. 12:13-21)	768
78.	Una vida libre de ansiedad (Lc. 12:22-34)	776
79.	Anticipación del regreso de Cristo (Lc. 12:35-48)	785
80.	La tragedia de la oportunidad perdida (Lc. 12:49-59)	799
81.	Los que viven en tiempo prestado (Lc. 13:1-9)	809
82.	Cristo ocasiona conflicto en la sinagoga (Lc. 13:10-17)	820
83.	La creciente influencia del reino (Lc. 13:18-21)	829
84.	¿Son pocos los que se salvan? (Lc. 13:22-30)	837
85.	¿Quién mató realmente a Jesús? (Lc. 13:31-33)	845
86.	Misericordia divina para quienes merecen condenación (Lc. 13:34-35)	854
87.	Confrontación con falsos maestros hipócritas (Lc. 14:1-14)	868
88.	Invitación al gran banquete de Dios (Lc. 14:15-24)	879

89.	Naturaleza extrema del verdadero discipulado (Lc. 14:25-35)	887
90.	Gozo en el cielo: El rescate de los perdidos (Lc. 15:1-10)	898
91.	La historia de dos hijos (Lc. 15:11-32)	907
92.	Cómo invertir las finanzas terrenales con un enfoque eterno (Lc. 16:1-13)	931
93.	Por qué los falsos maestros se burlan de la verdad (Lc. 16:14-18) . . .	939
94.	Testimonio de alguien sorprendido al encontrarse en el infierno (Lc. 16:19-31)	950
95.	Cuatro características distintivas de la humildad (Lc. 17:1-10)	965
96.	Diez hombres sanados; uno salvo (Lc. 17:11-19)	977
97.	El invisible reino de Dios (Lc. 17:20-21)	985
98.	Siete características de la venida del Rey (Lc. 17:22-37)	992
99.	Oración persistente por el regreso del Señor (Lc. 18:1-8)	1004
100.	¿Quién, pues, podrá ser salvo? (Lc. 18:9-14)	1012
101.	Los niños y el reino de Dios (Lc. 18:15-17)	1022
102.	Imposibilidad de salvación (Lc. 18:18-30)	1029
103.	Jesús predice sus sufrimientos (Lc. 18:31-34)	1038
104.	Un mendigo ciego recibe la vista (Lc. 18:35-43)	1048
105.	Un pecador encuentra al Salvador (Lc. 19:1-10)	1055
106.	Recompensas adecuadas de parte del rey restituidor (Lc. 19:11-27)	1063
107.	Humilde coronación de Jesús (Lc. 19:28-44)	1070
108.	El Rey confronta la corrupción (Lc. 19:45-48)	1081
109.	Rechazan la autoridad del Rey (Lc. 20:1-8)	1089
110.	El asesinato del Hijo de Dios: Una parábola profética (Lc. 20:9-18)	1095
111.	Diagnóstico de los que rechazan a Cristo (Lc. 20:19-26)	1103
112.	El Salvador silencia a los saduceos (Lc. 20:27-40)	1110
113.	Hijo de David y Señor (Lc. 20:41-44)	1118
114.	Confrontación del error con condenación, no con conversación (Lc. 20:45—21:4)	1126
115.	Señales del regreso de Cristo. Primera parte: Descripción que Jesús hace de la destrucción del templo (Lc. 21:5-7)	1138
116.	Señales del regreso de Cristo. Segunda parte: Por qué Jesús debe regresar a la tierra (Lc. 21:8)	1148
117.	Señales del regreso de Cristo. Tercera parte: Dolores de parto (Lc. 21:8-19)	1160
118.	Señales del regreso de Cristo. Cuarta parte: El final está cerca (Lc. 21:20-24)	1177
119.	Señales del regreso de Cristo. Quinta parte: Señales celestiales de la venida del Salvador (Lc. 21:25-28)	1186

120.	Señales del regreso de Cristo. Sexta parte: La última generación (Lc. 21:29-33)	1195
121.	Señales del regreso de Cristo. Séptima parte: El regalo del creyente para Cristo (Lc. 21:34-36)	1204
122.	Preparación para la cruz (Lc. 21:37-22:13)	1212
123.	La última Pascua, la primera Santa Cena (Lc. 22:14-20)	1224
124.	Conversación de sobremesa sobre problemas y triunfo (Lc. 22:21-38)	1231
125.	Cuatro características de la oración triunfante (Lc. 22:39-46)	1243
126.	Un beso traidor para el Salvador triunfante (Lc. 22:47-53)	1250
127.	Peligro del exceso de confianza espiritual (Lc. 22:54-62)	1257
128.	El Salvador sin pecado ante el siniestro sanedrín (Lc. 22:63-71)	1265
129.	Juicios civiles de Cristo. Primera parte: Audiencias preliminares ante Pilato y Herodes (Lc. 23:1-12)	1275
130.	Juicios civiles de Cristo. Segunda parte: Veredicto final de parte del juez indeciso (Lc. 23:13-25)	1284
131.	Personajes en el camino hacia la cruz (Lc. 23:26-32)	1294
132.	El Rey crucificado: La comedia en el Calvario (Lc. 23:33-49)	1301
133.	El entierro sobrenatural de Jesucristo (Lc. 23:50-56)	1317
134.	La resurrección de Jesucristo (Lc. 24:1-12)	1325
135.	Cristo: el Expositor vivo (Lc. 24:13-32)	1335
136.	El Cristo vivo despeja toda duda (Lc. 24:33-43)	1344
137.	La Gran Comisión: Predicación de perdón (Lc. 24:44-49)	1351
138.	Significado de la ascensión (Lc. 24:50-53)	1359
	Bibliografía	1365

Prólogo

Para mí sigue siendo una gratificante comunión divina predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi objetivo es tener siempre un compañerismo profundo con el Señor en el entendimiento de su Palabra y, a partir de esa experiencia, explicar a su pueblo lo que un pasaje bíblico significa. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando y que, al hacerlo, puedan a su vez contestarle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que esa Palabra more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios para su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son primordialmente lingüísticos, otros teológicos, y algunos tienen que ver más con la predicación. Este comentario es básicamente explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teológicamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con todas las Escrituras. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de verdades se ilustran y se aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Oro para que cada lector comprenda por completo lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de esta parte de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

El Evangelio de Lucas es el primero de una historia en dos volúmenes, junto con el libro de Hechos (ambos fueron dirigidos al mismo hombre, Teófilo, y el “primer tratado” que se menciona en Hechos 1:1 se refiere al Evangelio de Lucas). Se trata del libro más extenso en el Nuevo Testamento y, combinado con Hechos, hace de Lucas el autor de más de la cuarta parte del Nuevo Testamento... más que cualquier otro escritor. En esos dos libros, Lucas presenta el relato más completo del Nuevo Testamento acerca de la historia de la redención. Su evangelio y el libro de Hechos abarcan seis décadas y media desde el nacimiento de Juan el Bautista hasta el primer encarcelamiento romano de Pablo. Lucas también incluye una cantidad importante de material novedoso (más del 40% de su evangelio no se halla en los demás evangelios [Darrell L. Bock, *Luke 1:1-9:50*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids: Baker, 1994), p. 12]), que incluye siete de los milagros de Cristo y diecisiete de sus parábolas.

Sin embargo, a pesar de la importancia de su obra, el propio Lucas sigue siendo bastante desconocido. Su nombre solo aparece tres veces en el Nuevo Testamento, y ninguna de ellas en sus propios escritos (Col. 4:14; 2 Ti. 4:11; Flm. 24). Esos pasajes solo revelan algunos detalles respecto a él: que era un médico muy amado por Pablo y que estuvo con el apóstol durante sus dos primeros encarcelamientos romanos. Lucas también era gentil (véase el estudio de Col. 4:10-14 en el cap. 1 de esta obra, y Hch. 1:19, donde el uso que hace Lucas de la frase “en su propia lengua” lo distingue del pueblo judío). El hecho de que acompañara a Pablo en algunos de sus viajes misioneros es evidente en los llamados pasajes “nosotros” en Hechos (véase, a continuación, el estudio bajo el título “Autor”). Pero como veremos en el capítulo 1 de esta obra, el prólogo al Evangelio de Lucas ayuda a pintar un retrato más completo de este hombre extraordinario.

AUTOR

El testimonio unánime de la iglesia primitiva es que Lucas escribió el tercer evangelio; jamás se ha propuesto a ningún otro autor. A mediados del siglo

II, el apologista Justino Mártir (aprox. 100-165 d.C.) citó de Lucas 22:44 y 23:46 en su *Diálogo con Trifón*. Aunque Justino no nombra a Lucas como el autor (citando como su fuente “las memorias que... fueron elaboradas por sus apóstoles [de Cristo] y quienes los siguieron” [cap. 103], esos dos pasajes son exclusivos de Lucas, y demuestran el hecho de que Justino conocía el Evangelio de Lucas y lo reconocía como acreditado. Tatiano, pupilo de Justino, incluyó el Evangelio de Lucas en su *Diatéseron*, la primera armonía conocida de los evangelios. El Canon de Muratori, una lista del siglo II de los libros reconocidos como Escrituras por algunos en la iglesia, atribuye el tercer evangelio a Lucas, al igual que hicieron escritores de los siglos II y III tales como Ireneo, Orígenes, Clemente de Alejandría, y el hereje Marción. El prólogo antimarcionita al Evangelio de Lucas, escrito para combatir a Marción, también declaró que Lucas era su autor. El manuscrito más antiguo del Evangelio de Lucas (Bodmer Papyrus XIV [p75]), que data de finales del siglo II o inicios del III, nombra a Lucas como el autor.

Al resumir la importancia del testimonio de la iglesia primitiva para la autoría de Lucas del tercer evangelio, Robert H. Stein escribe:

Tal unanimidad en la tradición es impresionante... En general tan indiscutible y antigua tradición se debería aceptar a menos que hubiera una buena razón para lo contrario. Esto es especialmente así cuando se nombra a una personalidad secundaria en la iglesia primitiva y a un no apóstol como el autor de una cuarta parte de todo el NT. (*Luke*, The New American Commentary [Nashville: Broadman & Holman, 1992], p. 21).

El último punto de Stein es especialmente significativo. Los evangelios apócrifos fueron atribuidos a personalidades muy conocidas, tales como Pedro. ¿Por qué alguien que forjaría una obra, que pretende provenir de uno de los compañeros de Pablo, habría elegido al relativamente desconocido Lucas en lugar de alguien más prominente?

Otra prueba de que Lucas escribió Lucas y Hechos viene de los llamados pasajes “nosotros” en Hechos, donde el uso del escritor del pronombre en primera persona indica que estaba viajando con Pablo (16:10-17; 20:5-21:18; 27:1—28:16). Por tanto, el escritor de Hechos no podía ser ninguno de los colaboradores de Pablo mencionados por nombre en esas secciones (p. ej., Silas, Timoteo, Sópater, Aristarco, Segundo, Gayo, Tíquico y Trófimo). Por proceso de eliminación, eso deja a Lucas y Tito entre los colaboradores de Pablo como los posibles autores de Lucas y Hechos. Sin embargo, nadie ha argumentado seriamente a favor de Tito como el autor, lo que deja a Lucas, como el testimonio unánime que la iglesia primitiva afirma (véase el análisis anterior).

FECHA, LUGAR, DESTINATARIOS

Lucas fue escrito antes que Hechos, el cual es una continuación de este evangelio (Hch. 1:1), por tanto la inquietud de cuándo se escribió está relacionada de cerca con la fecha de Hechos. Algunos eruditos liberales fechan a Lucas en el siglo II. Sostienen que su autor extrajo algo de su material del historiador judío Flavio Josefo, quien escribió a finales del siglo I. Pero las diferencias entre los dos relatos son muy superiores a las similitudes (cp. Alfred Plummer, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. Luke*, The International Critical Commentary [Edinburgh: T. & T. Clark, 1969], xxix; D. Edmond Hiebert, *An Introduction to the New Testament*, Volume One: The Gospels and Acts [Chicago: Moody, 1979], p. 137). A mediados del siglo II, el hereje Marción incluyó su versión revisada de Lucas como el único evangelio en su canon de las Escrituras. Si Lucas se hubiera escrito solo poco tiempo antes no podría haber llegado a ser tan ampliamente respetado en la iglesia para que Marción lo hubiera elegido. Tampoco un escritor del siglo II pudo haber consultado testigos presenciales de la vida y el ministerio de Jesús (Lc. 1:2-3); la mayoría, si no todos ellos, habrían estado muertos.

Eruditos conservadores han propuesto dos fechas para Lucas y Hechos: entre el 70 y el 80 d.C. (tras la finalización del Evangelio de Marcos), o alrededor del 60 d.C. (cerca del final del primer encarcelamiento romano de Pablo). El principal argumento para la última fecha es el supuesto uso de Lucas del Evangelio de Marcos como fuente. Ya que a Marcos por lo general se le fecha después de la muerte de Pedro durante la persecución instigada por Nerón, Lucas tendría que haberse escrito aún más tarde. No obstante, la prioridad de Marcos nunca se ha establecido, y la ausencia de cualquier evidencia para ello ha llevado a los eruditos a cuestionar la dependencia de Lucas en el Evangelio de Marcos (p. ej., Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, eds., *A Harmony of the Gospels* [Chicago: Moody, 1979], pp. 274-79; Eta Linnemann, *Is There a Synoptic Problem?* [Grand Rapids: Baker, 1992]; Robert L. Thomas y F. David Farnell, eds., *The Jesus Crisis* [Grand Rapids: Kregel, 1998], especialmente los caps. 1, 3, 6). Ya que no se puede establecer la dependencia de Lucas en Marcos, el argumento por la última fecha se viene abajo.

Multitud de datos apoyan la primera fecha para los escritos de Lucas y Hechos. Tal fecha explica mejor el final abrupto de Hechos; Lucas no menciona la liberación de Pablo ni sus posteriores viajes porque, cuando escribió Hechos, el apóstol aún se hallaba en la cárcel. Además, en los escritos de Lucas no se menciona ningún acontecimiento posterior al año 61 d.C., que incluyen sucesos tan importantes como la muerte de Jacobo, el hermano de Jesús y cabeza de la iglesia en Jerusalén (alrededor del 62 d.C.); la persecución de Nerón, durante la cual Pedro y Pablo fueron martirizados (a mediados de la década del 60 d.C.);

y la destrucción de Jerusalén por parte de los romanos en el 70 d.C. Por último, Lucas no se refiere a las epístolas de Pablo, lo que sugiere que escribió Lucas y Hechos antes de que la colección de tales epístolas circulara ampliamente en la iglesia. La explicación más natural para esas omisiones es que Lucas escribió su evangelio y el libro de Hechos antes de que ocurrieran esos acontecimientos. Por tanto, la mejor fecha para el Evangelio de Lucas es 60-61 d.C.

No se sabe con seguridad dónde escribió Lucas su evangelio. Algunos en la iglesia primitiva especularon que lo escribió en la provincia griega de Acaya; otros sostienen que fue en Roma. Puesto que Lucas se hallaba con Pablo durante el encarcelamiento de este último en Roma (cp. Col. 4:14; Flm. 24), la última posibilidad es la más probable.

Según veremos en el capítulo 1 de esta obra, Lucas dirigió su evangelio a un hombre llamado Teófilo y, por extensión, a otros gentiles. Evitó usar términos arameos que serían desconocidos para sus lectores gentiles (p. ej., Abba, rabí, hosanna, Gólgota), y les explicó tradiciones judías (p. ej., 22:1, 7) y la geografía de Israel (p. ej., 1:26; 4:31; 23:51; 24:13).

PROPÓSITO Y TEMAS

El propósito de Lucas al escribir su evangelio fue “para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido” (1:4; véase la exposición de ese versículo en el cap. 1 de esta obra). Con esa finalidad hizo su cuidadosa investigación (véase el estudio de sus fuentes en el cap. 1).

Muchos temas se destacan en este maravilloso evangelio y, el más importante, es el amor de Dios por los pecadores. Tal amor le hizo enviar a su Hijo al mundo “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10; cp. 15:1-32). Lucas prestó particular atención a los marginados de la sociedad judía, que incluían gentiles, samaritanos, mujeres, recaudadores de impuestos, y leprosos. Dios ofrece perdón a pecadores arrepentidos (3:3; 5:20-25; 6:37; 7:41-50; 11:4; 12:10; 17:3-4; 18:13-14; 24:47), lo que resulta en otro de los énfasis de Lucas: gozo (1:14, 44, 47, 58; 2:10; 6:23; 13:17; 15:5-10, 22-32; 24:52). Solo él registra los cinco grandes tributos de la alabanza relacionados con el nacimiento de Cristo: los de Elisabet (1:41-45), de María (1:46-55), de Zacarías (1:67-79), de los ángeles que anunciaron el nacimiento de Cristo (2:13-14), y de Simeón (2:25-32). Lucas también describe el temor que las personas experimentan en la presencia de Dios o de las obras divinas (1:12, 30, 65; 2:9-10; 5:10, 26; 7:16; 8:25, 37, 50; 9:34). También resalta el ministerio del Espíritu Santo (1:15, 35, 41, 67; 2:25-27; 3:16, 22; 4:1, 14, 18; 10:21; 11:13; 12:10, 12), y las oraciones de Jesús (3:21; 5:16; 6:12; 9:18, 28-29; 11:1; 22:32, 40-46). El capítulo 1 enumera más de los temas distintivos de Lucas.

BOSQUEJO

- I. Preludio al ministerio de Cristo (1:1—4:13)
 - A. Prólogo (1:1-4)
 - B. Nacimiento de Jesús (1:5—2:38)
 - 1. Anunciación a Zacarías (1:5-25)
 - 2. Anunciación a María (1:26-38)
 - 3. Visita de María a Elisabet (1:39-45)
 - 4. El Magníficat (1:46-56)
 - 5. Nacimiento del precursor (1:57-80)
 - 6. La natividad (2:1-38)
 - C. Infancia de Jesús (2:39-52)
 - 1. En Nazaret (2:39-40, 51-52)
 - 2. En el templo (2:41-50)
 - D. Presentación de Jesús (3:1—4:13)
 - 1. Predicación de Juan el Bautista (3:1-20)
 - 2. Bautismo de Jesús (3:21-22)
 - 3. Genealogía del Hijo del Hombre (3:23-38)
 - 4. Tentación del Hijo de Dios (4:1-13)
- II. Ministerio en Galilea (4:14—9:50)
 - A. Comienzo del ministerio de Cristo (4:14—6:16)
 - 1. Nazaret (4:14-30)
 - 2. Capernaúm (4:31-42)
 - a. Expulsión de un demonio (4:31-37)
 - b. Multitudes sanadas (4:38-42)
 - 3. Ciudades de Galilea (4:43-44)
 - 4. Mar de Galilea (5:1—6:16)
 - a. Llamado a cuatro pescadores (5:1-11)
 - b. Curación de un leproso (5:12-16)
 - c. Perdón a un pecador (5:17-26)
 - d. Recepción de pecadores, pero rechazo de los justos (5:27-32)
 - e. Proclamación de la singularidad del evangelio (5:33-39)
 - f. Jesús declara que es Señor del día de reposo (6:1-11)
 - g. Elección de los doce apóstoles (6:12-16)
 - B. Continuación de la obra de Cristo (6:17—9:50)
 - 1. Predicación en la llanura (6:17-49)
 - a. Bienaventuranzas (6:17-23)
 - b. Ayes (6:24-26)
 - c. Mandamientos (6:27-49)
 - 2. Ministerio en las ciudades (7:1—8:25)
 - a. Sanidad para el criado de un centurión (7:1-10)
 - b. Resurrección del hijo de una viuda (7:11-17)

- c. Jesús anima a discípulos de Juan el Bautista (7:18-35)
- d. Perdón a una mujer pecadora (7:36-50)
- e. Proclamación del reino de Dios (8:1-3)
- f. Jesús enseña a las multitudes con parábolas (8:4-21)
- g. Jesús calma el viento y las olas (8:22-25)
- 3. Viajes por Galilea (8:26—9:50)
 - a. Liberación de un endemoniado (8:26-39)
 - b. Jesús sana a una mujer (8:40-48)
 - c. Jesús resucita a una muchacha (8:49-56)
 - d. Envío de los doce (9:1-6)
 - e. Jesús confunde a Herodes (9:7-9)
 - f. Alimentación de la multitud (9:10-17)
 - g. Jesús predice su crucifixión (9:18-26)
 - h. Jesús revela su gloria (9:27-36)
 - i. Jesús echa fuera un espíritu inmundo (9:37-42)
 - j. Jesús instruye a sus discípulos (9:43-50)
- III. Viaje a Jerusalén (9:51—19:27)
 - A. Samaria (9:51—10:37)
 - 1. Una aldea le da la espalda a Jesús (9:51-56)
 - 2. Jesús aleja a los tibios (9:57-62)
 - 3. Jesús envía a los setenta (10:1-24)
 - 4. Jesús entrega la parábola del buen samaritano (10:25-37)
 - B. Betania y Judea (10:38—13:35)
 - 1. María y Marta (10:38-42)
 - 2. El Padrenuestro (11:1-4)
 - 3. Importancia de la oración inoportuna (11:5-13)
 - 4. Aumento de la oposición (11:14-36)
 - 5. Ayes sobre los fariseos y escribas (11:37-54)
 - 6. Enseñanza en el camino (12:1-59)
 - a. Acerca de la hipocresía (12:1-12)
 - b. Acerca del materialismo mundano (12:13-21)
 - c. Acerca de la preocupación (12:22-34)
 - d. Acerca de la infidelidad (12:35-48)
 - e. Acerca del amor a la comodidad (12:49-53)
 - f. Acerca de la falta de preparación (12:54-56)
 - g. Acerca de la división (12:57-59)
 - 7. Respuesta a preguntas (13:1-30)
 - a. Acerca de la justicia de Dios (13:1-9)
 - b. Acerca del día de reposo (13:10-17)
 - c. Acerca del reino (13:18-21)
 - d. Acerca de la salvación (13:22-30)

8. Lamentos sobre Jerusalén (13:31-35)
- C. Perea (14:1-19:27)
 1. Cena de Jesús con un fariseo (14:1-24)
 - a. Le prueba acerca del día de reposo (14:1-6)
 - b. Le enseña respecto a la humildad (14:7-14)
 - c. Le habla del banquete celestial (14:15-24)
 2. Enseñanza a las multitudes (14:25—18:34)
 - a. Costo del discipulado (14:25-35)
 - b. Parábola de la oveja perdida (15:1-7)
 - c. Parábola de la moneda perdida (15:8-10)
 - d. Parábola del hijo pródigo (15:11-32)
 - e. Parábola del mayordomo infiel (16:1-18)
 - f. El rico y Lázaro (16:19-31)
 - g. Lección acerca del perdón (17:1-4)
 - h. Lección acerca de la fidelidad (17:5-10)
 - i. Lección acerca de la gratitud (17:11-19)
 - j. Lección acerca de la buena disposición (17:20-37)
 - k. Parábola de la viuda persistente (18:1-8)
 - l. Parábola del fariseo y el publicano (18:9-14)
 - m. Lección acerca de la niñez (18:15-17)
 - n. Lección acerca del compromiso (18:18-30)
 - o. Lección acerca de la necesidad de la cruz (18:31-34)
 3. En busca de pecadores (18:35—19:10)
 - a. Jesús abre los ojos del ciego (18:35-43)
 - b. Jesús busca y salva a los perdidos (19:1-10)
 4. Jesús recompensa a sus seguidores (19:11-27)
- IV. La Semana Santa (19:28—23:56)
 - A. Lunes (19:28-44)
 1. Entrada triunfal (19:28-40)
 2. Cristo llora por Jerusalén (19:41-44)
 - B. Martes (19:45-48)
 1. Limpieza del templo (19:45-46)
 2. Jesús enseña a multitudes acerca de la Pascua (19:47-48)
 - C. Miércoles (20:1-22:6)
 1. Jesús contiene con los dirigentes judíos (20:1-8)
 2. Jesús enseña otra vez a multitudes acerca de la Pascua (20:9—21:38)
 - a. Parábola de los labradores malvados (20:9-19)
 - b. Respuesta a los fariseos en cuanto al pago de impuestos (20:20-26)
 - c. Respuesta a los saduceos acerca de la resurrección (20:27-40)

- d. Pregunta para los escribas respecto a la profecía mesiánica (20:41-47)
- e. Lección de la ofrenda de la viuda (21:1-4)
- f. Enseñanza sobre los últimos tiempos (21:5-38)
- 3. Conspiración contra Jesús (22:1-2)
- 4. Judas se une a la conspiración (22:3-6)
- D. Jueves (22:7-53)
 - 1. Preparación para la Pascua (22:7-13)
 - 2. La Cena del Señor (22:14-38)
 - a. Nuevo pacto instituido (22:14-22)
 - b. Disputas entre los discípulos (22:23-30)
 - c. Jesús predice la negación de Pedro (22:31-34)
 - d. Promesa de provisión divina (22:35-38)
 - 3. Agonía en el huerto (22:39-46)
 - 4. Arresto de Jesús (22:47-53)
- E. Viernes (22:54—23:56)
 - 1. Negación de Pedro (22:54-62)
 - 2. Jesús es escarnecido y golpeado (22:63-65)
 - 3. Juicio ante el concilio (22:66-71)
 - 4. Juicio ante Pilato (23:1-25)
 - a. Acusación (23:1-5)
 - b. Audiencia ante Herodes (23:6-12)
 - c. Veredicto de Pilato (23:13-25)
 - 5. La crucifixión (23:26-49)
 - 6. El entierro (23:50-56)
- V. Consumación del ministerio de Cristo (24:1-53)
 - A. La resurrección (24:1-45)
 - B. La ascensión (24:46-53)

Prólogo de Lucas

1

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.
(1:1-4)

El mundo está lleno de historias. Algunas son fascinantes, otras son conmovedoras, muchas son impactantes, y unas cuantas son incluso capaces de cambiar profundamente la manera en que las personas piensan y viven. Muchas de estas historias han ido y venido a lo largo de los tiempos, desde las leyendas del mundo antiguo, los mitos de civilizaciones pasadas, los relatos fabulosos alrededor del panteón de los dioses griegos, hasta los clásicos de la literatura desde las fábulas de Esopo hasta Beowulfo, Shakespeare y los escritores modernos. Sin embargo, existe una narración perdurable y verdadera que está por encima de todas las demás: la vida de Jesucristo. Se trata de, como proclamara el título de un relato de Hollywood de mediados del siglo XX acerca de su vida, “La historia más grande jamás contada”.

Esta es la apasionante y gloriosa narración de cómo Dios se propuso en la eternidad pasada salvar del infierno eterno a pecadores perdidos. Su plan amoroso y misericordioso fue enviar a su Hijo como sacrificio expiatorio por los pecados de todos los que pusieran su fe en Él. Jesús, como Pablo escribiera a los romanos: “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Juan escribió con relación al Señor: “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:2). Fue solo porque “Dios puso [a Jesús] como propiciación por medio de la fe en su sangre” que Él pudo “manifestar su justicia” (Ro. 3:25), “a fin de que él sea el justo, y el que justifica” (v. 26). “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23), el mensaje del evangelio de salvación del pecado y el juicio únicamente en Cristo trasciende por completo las limitaciones de la cultura y el tiempo. Este mensaje,

en definitiva, determina el destino eterno de cada persona (cp. Jn. 3:36; 8:24; 14:6; Hch. 4:12).

En consecuencia, el tema central tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo es el Señor Jesucristo (cp. Ap. 19:10). Justo antes de su ascensión les dijo a sus discípulos: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lc. 24:44). Jesús declaró a los hostiles dirigentes judíos que las “Escrituras” (el Antiguo Testamento) “son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39). Las epístolas del Nuevo Testamento revelan todas las riquezas teológicas de la salvación en Cristo, mientras que el libro del Apocalipsis describe la segunda venida de Cristo en gloria (cp. Mt. 24:30).

Pero de todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, los evangelios son los que se enfocan más claramente en la vida y el ministerio de Jesucristo. El Evangelio de Lucas es el más largo y el más exhaustivo y completo de los cuatro (Lucas cubre aproximadamente cuarenta páginas, Mateo, treinta y siete, Marcos, veintitrés, y Juan, veintinueve). Junto con el libro de Hechos, la inerrante, exacta y completa narración de Lucas sobre la vida de Jesús y su influencia se extiende por más de sesenta años. Empieza con el nacimiento del precursor de Jesús, Juan el Bautista, y concluye con el primer encarcelamiento del apóstol Pablo y el ministerio del evangelio en Roma. En conjunto, los escritos de Lucas representan más de la cuarta parte del Nuevo Testamento. (Para mayor estudio de los escritos de Lucas, véase la Introducción a Hechos en el *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Hechos* [Grand Rapids: Portavoz, 2014], pp. 9-14).

Pero a pesar de su papel importante en registrar la historia y extender las buenas nuevas de la salvación, Lucas sigue siendo prácticamente desconocido. En ninguna parte de sus escritos inspirados se refiere a él mismo por nombre, ni siquiera en Hechos, donde era uno de los compañeros de viaje de Pablo. En consonancia con el humilde anonimato de Lucas, el resto del Nuevo Testamento menciona su nombre solo en tres ocasiones (Col. 4:14; 2 Ti. 4:11; Flm. 24). Él estaba contento con permanecer en segundo plano y permitir que la majestad de Cristo, que impregna sus escritos, fuera el centro. La historia y la teología de Lucas, registradas fielmente, fundamentan la comprensión de sus lectores en cuanto a la vida y el ministerio del Señor.

Los cuatro versículos que constituyen el prólogo al Evangelio de Lucas forman una larga frase, diseñada en el estilo pulido de un clásico literario griego. (El resto del evangelio fue escrito en griego *koinē* usado en el lenguaje cotidiano común, al igual que los otros libros del Nuevo Testamento). Tales prólogos con explicaciones de las fuentes, el propósito y el enfoque del autor eran comunes en los escritos académicos del mundo grecorromano (incluidos los de historiadores tan notables como Herodoto, Tucídides, Polibio y Josefo). Por consiguiente, el prólogo de Lucas caracteriza a su evangelio como una obra literaria

e histórica seria, mereciendo incluso el respeto de los más sofisticados y bien educados lectores gentiles.

A pesar de su anonimato, en el prólogo aparecen de manera implícita y explícita cuatro elementos de la identidad del evangelista. Lucas se revela como médico e historiador, así como teólogo y pastor.

LUCAS, EL MÉDICO E HISTORIADOR

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, (1:1-3a)

La frase **me ha parecido también a mí** contiene esta única referencia del evangelio a su autor. Como se observó en la introducción a esta obra, la iglesia primitiva identificó de manera unánime a Lucas como el autor del evangelio que lleva su nombre; nunca ha habido otra sugerencia con relación a su autoría.

Lo único que se sabe de la vida de Lucas, antes de convertirse en uno de los acompañantes de Pablo en la extensión del evangelio, es que era médico. En Colosenses 4:14, Pablo se refirió a su querido amigo como “Lucas el médico amado”. Los versículos 10 y 11 de ese capítulo identifican a Aristarco, Marcos y Jesús el Justo como los únicos entre esta lista de los colaboradores de Pablo que eran “de la circuncisión” (es decir, judíos). Por ello, es razonable llegar a la conclusión de que las personas a las que Pablo se refiere en los versículos 12-17, que incluyen a Lucas (v. 14), fueran gentiles. (Para más evidencia de que Lucas era gentil, véase la introducción a Lucas en esta obra).

Ser médico en el mundo antiguo no conllevaba la dignidad que tal profesión tiene hoy día. Howard C. Kee provee una útil perspectiva histórica:

Una pregunta obvia es: ¿Compartía la mayor parte de la población romana la visión exaltada del arte médico propuesta por sus principales practicantes, y en particular por Galeno [un médico romano del siglo II d.C.]? Galeno es mordaz en su denuncia de los habituales curanderos ávidos de dinero que “entran a la habitación del enfermo, sangran al paciente, le ponen un yeso y le aplican un enema”. Tanto de los epigramas como de los escritos no médicos del siglo II d.C. es evidente que a la profesión médica se la consideraba como característica de codicia y de apego a la exhibición pública. Plutarco, en *Los aduladores*, se burlaba de la afable costumbre de estar junto a los pacientes de la época. Dion Crisóstomo describe los esfuerzos de los médicos por fomentar el

comercio por medio de extensas presentaciones públicas, destinadas a deslumbrar a los oyentes y atraer pacientes:

Este tipo de recital... es una especie de espectáculo o presentación... como la exhibición de los supuestos médicos, que se sientan de manera llamativa ante nosotros y nos dan una charla detallada de la unión de cartílagos, la combinación y yuxtaposición de huesos, y de otros temas de esa clase, tales como poros, respiraciones y excreciones. Y la multitud queda boquiabierta de admiración y más encantada que una aglomeración de niños.

En su excelente estudio sobre medicina romana, John Scarborough observa que había dos tipos diferentes de médicos que servían a dos grupos distintos de pacientes. Los aristócratas tenían a médicos como criados o como empleados privados en sus propios establecimientos, o tenían acceso a ellos a pesar de sus altas tarifas y sus arrogantes reputaciones. Había también muchos médicos, curanderos y charlatanes ignorantes; explotadores de un público ingenuo y necesitado. Scarborough observa que “la intelectualidad de Galeno no consigue atravesar la creciente penumbra de una época que gira gradualmente de las respuestas racionales planteadas por la herencia griega de cuestionar hacia las soluciones místicas e integrales de la religión”. Hacia la segunda mitad del siglo II había muchos milagreros y retóricos, de quienes Luciano de Samosata dibuja bocetos satíricos en *Alejandro o el falso profeta*... Aunque no podemos generalizar de los comentarios satíricos de Luciano sobre la profesión médica (en sus aspectos tanto médicos como místicos), podemos concluir con certeza que [esta no] estaba por encima de la crítica o que fuera universalmente valorada a finales del siglo II.

En el Nuevo Testamento solo se presentan siete apariciones de la palabra *hiatros*, y solo en una de ellas hay una evaluación positiva del médico. En Mateo 9:12 (=Mr. 2:17; Lc. 5:31) existe una expresión proverbial en cuanto a que el papel del médico es cuidar al enfermo, y no al sano. Esto se ofrece en los sinópticos como justificación para la atención de Jesús por los enfermos, los inmundos y los marginados. En Mr. 5:26 (=Lc. 8:43)... los médicos han tomado dinero de la mujer con el flujo menstrual pero no le han curado la enfermedad. Otra expresión proverbial en Lucas 4:23: “Médico, cúrate a ti mismo”, es una instigación para quien señala problemas que él debe tratar. En Colosenses 4:14 se identifica a Lucas como “el médico amado”, sin ninguna indicación de la naturaleza del papel médico que pudo haber realizado (*Medicine, Miracle and Magic in New Testament Times* [Londres: Cambridge, 1986], pp. 63-65).

Desde el mismo inicio de su evangelio, Lucas reconoció **que ya muchos han tratado de poner en orden la historia** de la vida de Jesús. No identifica específicamente ninguna de estas fuentes iniciales, todas las cuales se han perdido. Las únicas que aún existen y que Lucas pudo haber consultado son los evangelios inspirados de Mateo y Marcos, que quizás fueron escritos antes de que él escribiera su evangelio. Sin embargo, la omisión de Lucas del material de una sección importante de Marcos (6:45—8:26) sugiere que quizás no pudo haber visto el Evangelio de Marcos antes de que escribiera el suyo. Sea que Lucas viera o no los evangelios de ellos, sí tuvo contacto personal tanto con Marcos como con Mateo, ya que Marcos y Lucas viajaron con Pablo (cp. Flm. 24), y Lucas pudo haber visitado a Mateo en Jerusalén durante los dos años de encarcelamiento de Pablo en Cesarea (Hch. 24:27). En ese mismo período, Lucas pudo haber entrevistado a aquellos en la iglesia en Jerusalén que habían conocido al Señor, incluso a los apóstoles y María la madre de Jesús. Además, Lucas tuvo acceso a muchos otros que habían seguido a Jesús durante su vida (tales como los setenta [Lc. 10:1-12], las mujeres que le sirvieron [cp. Mt. 27:55; Mr. 15:40-41; Lc. 8:1-3; 23:49, 55], los ciento veinte creyentes que se reunieron en Jerusalén después de la ascensión de Cristo [Hch. 1:15], y los quinientos que se reunieron en Galilea [1 Co. 15:6]). Ellos habrían recordado vívidamente las cosas que Jesús dijo e hizo, y Lucas pudo haberlos entrevistado, o posiblemente haber leído sus escritos.

El objetivo de Lucas no era producir simplemente otra biografía de Jesús, aunque ese habría sido en sí una finalidad noble. Mucho más que eso, él entendió que el evangelio es la historia de lo que Dios logra por medio de Jesucristo en las vidas de pecadores. El verbo traducido **han sido ciertísimas** (*peplērophorēmenōn*) es una profunda palabra compuesta que indica la total consumación de algo, en este caso el plan redentor de Dios. El Evangelio de Lucas, igual que los otros tres evangelios canónicos, resalta el tema del logro divino. Relata cómo Dios llevó a cabo la salvación para su pueblo (cp. Mt. 1:21; Lc. 19:10) a través de la obra redentora de su Hijo, el Señor Jesucristo. Los evangelios no relatan la historia de un maestro ético incomprendido, un revolucionario social fracasado, un modelo de desinteresada humildad, o ni siquiera un mártir heroico; revelan al Salvador quien es Dios encarnado, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

Es importante tener en cuenta que Lucas no fue crítico de aquellos que **han tratado** (término usado a menudo en relación con esfuerzos literarios) **de poner en orden la historia** (frase usada con frecuencia para referirse a escritos históricos) de la vida y el ministerio de Jesús. No escribió su evangelio como un correctivo para aquellos relatos, sino porque Dios lo incitó a escribir un relato completo de la vida de Cristo y de la propagación de su evangelio de salvación.

La razón de Lucas para hacer referencia a sus fuentes era doble. En primer lugar, verifica su historia como un relato legítimo y confiable. Él era un

historiador cuidadoso que usaba métodos creíbles de investigación y escritura, y que basaba su contenido en narraciones de testigos oculares. Segundo, el uso de Lucas de esas fuentes coloca a su evangelio dentro de la tradición ortodoxa. Su obra no fue un evangelio extraño, diferente o hereje. El relato de Lucas era coherente con la enseñanza de los apóstoles (cp. Hch. 2:42), con la de testigos presenciales y, en especial, de los otros escritores de los evangelios inspirados por el Espíritu (cp. Jn. 20:30-31; 21:24-25).

Al escribir su evangelio, Lucas utilizó material de fuentes fidedignas **tal como se lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos**. Esos mismos hombres (un artículo definido en el texto griego modifica ambos grupos) más adelante se convirtieron en **ministros** (cp. 1 Co. 3:5-9; 4:1; 2 Co. 3:6) **de la palabra** (un sinónimo para el evangelio [cp. 5:1; 8:11-13, 15; Hch. 6:4; 8:4, 14, 25; 10:36; 11:1, 19; 13:5, 7, 44; 14:25; 15:7; 16:6, 32; 17:11; 18:5; 19:10]). Ellos observaron de primera mano el ministerio de Jesús y utilizaron ese conocimiento para predicar fielmente el evangelio. Dios preservó y transmitió la verdad a través de ellos hasta que inspiró a cuatro escritores específicos para registrarla en el Nuevo Testamento. Que **lo vieron con sus ojos** se refiere a testigos presenciales como las fuentes más importantes que **enseñaron** (un término técnico que denota transmisión de la verdad irrefutable) la información verdadera sobre la que se basó la narración de Lucas. El hecho de que Lucas no fuera un testigo presencial evidencia que no fue un apóstol, ya que una certificación del apostolado era haber presenciado a Cristo resucitado (Hch. 1:21-22; cp. Lc. 24:45-48; Jn. 20:19-29; 1 Co. 9:1; 1 Jn. 1:1-3). Igual que Marcos, él mismo no fue uno de ellos, sino más bien un compañero de algunos de los apóstoles (en particular de Pablo).

Ya que Lucas tuvo acceso de primera mano a esta riqueza, el testimonio de testigos, **también le ha parecido** (“bueno”, “apropiado”) a él escribir su relato. La frase **después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen** (“he investigado todo cuidadosamente de principio a fin” [PDT]) señala aún más a Lucas como un historiador consumado y preciso. Su esmerada y exhaustiva investigación le dio un entendimiento exacto de la vida y el ministerio de Jesucristo. En consecuencia, Lucas estaba especialmente calificado para escribir esta narración del evangelio bajo la inspiración del Espíritu.

El reconocimiento de Lucas del uso de este material de fuentes fidedignas no se debe malinterpretar como una renuncia a la inspiración divina para su evangelio. El proceso de inspiración nunca eludió ni invalidó las personalidades, las experiencias vividas, los vocabularios, o los estilos de escritura de los autores humanos de la Biblia; sus rasgos únicos están estampados de manera indeleble en todos los libros de las Escrituras. El Espíritu utilizó el conocimiento de Lucas, le dio información adicional, guió su selección de material, y controló toda palabra para que escribiera exactamente lo que Dios quería que escribiera

(cp. 1 Co. 2:12-13; 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:20-21). Por tanto, su relato original es infalible y totalmente cierto.

LUCAS, EL TEÓLOGO Y PASTOR

escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido. (1:3b-4)

Un buen teólogo es analítico, lógico y sistemático. Su objetivo es persuadir a las personas a entender y aceptar la verdad doctrinal a través de una explicación reflexiva, lógica, progresiva, coherente y convincente. Lucas se reveló como un maestro teólogo al escribir su relato **por orden**. El Evangelio de Lucas es estrictamente cronológico de principio a fin. Sin duda alguna, en general es cronológico, comenzando con el nacimiento de Cristo, su circuncisión y su infancia, continuando con su bautismo y su ministerio público, y culminando con la cruz y la resurrección. (Véase el bosquejo de Lucas en la introducción de esta obra). Sin embargo, hubo casos en que Lucas organizó su material de manera temática a fin de ilustrar o exponer un punto teológico en particular (p. ej., el registro del arresto de Juan el Bautista, 3:15-20). Por tanto, la narración de Lucas exhibe un flujo cronológico básico, pero sin excluir el análisis temático y doctrinal, en que usa material de secuencia cronológica.

Así que la frase **por orden** se entiende mejor como una referencia a la naturaleza lógica y sistemática del escrito de Lucas. La transcripción de la Nueva Traducción Viviente de esta frase, “un relato cuidadoso”, capta la esencia del propósito de Lucas al escribir. Su objetivo era persuadir y guiar a sus lectores a creer el evangelio por medio de su cuidadosa investigación, y de su presentación lógica y sistemática de la verdad relacionada con el propósito salvador de Dios en Cristo.

La primera verdad teológica fundamental que Lucas quiso que sus lectores entendieran es la soberanía de Dios en la historia. Él vio el plan soberano de redención divina, que se desarrolló a través de la vida y la obra de Jesucristo (cp. Hch. 2:22-24), como de suprema importancia. Fue para morir como un sustituto por los pecados de su pueblo que Jesús vino al mundo (19:10; cp. 9:22-23; 17:25; 18:31-34; 24:25, 26, 44). En segundo lugar, Lucas vio el significado del alcance universal de la redención. Él comprendió que la salvación estaba a disposición de todo el mundo, no solo de los judíos (cp. Hch. 10:34-48; 14:24-27; 15:12-19). Lucas quiso dejar en claro que la maravillosa realidad del propósito salvador de Dios incluía a los gentiles (p. ej., Lc. 7:1-10; 14:15-23). Él mismo era gentil y escribió a Teófilo, también gentil. Es más, Lucas vio que el evangelio no solo era para todos los grupos étnicos, incluyendo judíos, samaritanos y gentiles, sino también para todas las categorías de individuos dentro de esos grupos, como mujeres (aun prostitutas), marginados (aun leprosos), individuos poseídos por

demonios, e incluso recaudadores de impuestos (cp. 7:36-50; 10:25-37; 15:11-32; 16:19-31; 17:11-19; 19:1-10). El énfasis de Lucas en el atractivo universal del evangelio se puede ver en la genealogía que mostró de Jesús. A diferencia de Mateo, quien comenzó su genealogía con Abraham, el padre del pueblo judío, Lucas presenta la genealogía de Cristo hasta Adán, el padre de toda la humanidad.

Aunque el principal énfasis doctrinal en su evangelio es la persona y la obra de Jesucristo, Lucas no descuidó otras realidades importantes. No solo reveló el control soberano de Dios en la historia, sino que también describió su interés tierno y compasivo por los pecadores perdidos (cp. las parábolas en el cap. 15). La doctrina de la salvación es crucial en el Evangelio de Lucas (el suyo es el evangelio que se refiere de manera más específica a la doctrina de la justificación, 18:14; cp. 7:36-50; 15:11-32; 19:1-10). De hecho, la cruz es el enfoque de más de la mitad de su evangelio, desde 9:53 hasta el final del capítulo 23. Lucas también se enfocó más en el ministerio del Espíritu Santo que los demás escritores de los evangelios, y registró la enseñanza del Señor sobre su segunda venida. Además, Lucas el teólogo abordó varios aspectos de teología práctica, tales como adoración, perdón, misericordia, acción de gracias, y oración. Y también presentó perfiles de discipulado.

Por último, el prólogo de Lucas revela su corazón de pastor. Dirige esta obra grandiosa a un solo individuo, un hombre a quien llamó **excelentísimo Teófilo**. No se conocen detalles personales respecto a él, pero el título **excelentísimo** sugiere que probablemente pertenecía al nivel superior de la sociedad. (Lucas usa la misma frase en el libro de Hechos para designar a los gobernadores Félix y Festo [23:26; 24:3; 26:25]).

Teófilo ya había **sido instruido** en ciertas **cosas** acerca de Jesús. Pero parte de esa enseñanza había sido poco clara o incompleta, y Lucas quería que Teófilo conociera **bien la verdad**. La palabra traducida **bien** significa “confiable”, “segura” o “precisa”. Lucas presentó a Teófilo, y a todos los demás que leerían su relato, una comprensión puntual, exacta y completa del evangelio y de la vida de Cristo. No se sabe si Teófilo era un incrédulo interesado o un nuevo creyente. En cualquier caso, la intensa investigación y el detallado escrito de Lucas revelan la inmensidad de su corazón de pastor. Se preocupaba tanto del alma de Teófilo, que hizo este esfuerzo inspirado por el Espíritu para llevar a ese único hombre a un conocimiento más preciso y exacto de la verdad relacionada con el Señor Jesucristo. (Para otros ejemplos en el Nuevo Testamento de ese tipo de preocupación, véase Hch. 18:26; 19:1-5).

En la notable providencia de Dios, el Espíritu Santo aseguró que el libro de Lucas escrito inicialmente para un hombre se difundiera por todo el mundo. El amado médico, historiador, teólogo y pastor tuvo el privilegio de convertirse en el instrumento que Dios utilizó para la salvación y edificación de millones a través de la historia (cp. 24:44-53).

Revelación de Dios a Zacarías

2

Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Elisabet. Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. Pero no tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran ya de edad avanzada. Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. Y se le apareció un ángel del Señor puesto en pie a la derecha del altar del incienso. Y se turbó Zacarías al verle, y le sobrecogió temor. Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento... Dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada. Respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas. Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar, hasta el día en que esto se haga, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo. Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él se demorase en el santuario. Pero cuando salió, no les podía hablar; y comprendieron que había visto visión en el santuario. Él les hablaba por señas, y permaneció mudo. Y cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa. Después de aquellos días concibió su mujer Elisabet, y se recluyó en casa por cinco meses, diciendo: Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres. (1:5-14, 18-25)

El comienzo de la narración de Lucas encuentra a Israel en medio de una larga noche de oscuridad espiritual. La historia de la nación se había caracterizado por bendición y maldición, fidelidad y apostasía, obediencia y rebelión. Pero a lo largo de los siglos (desde el llamado a Abraham, el padre de la nación, hasta los cuatrocientos años de esclavitud en Egipto, los cuarenta años de vagar en el desierto, la conquista y ocupación de Canaán, los caóticos días de los jueces,

el apogeo del poder y la gloria de Israel bajo el liderazgo de David y Salomón, el cautiverio y la disolución del reino del norte, el exilio de setenta años y el posterior regreso del reino del sur, y el período de dominación gentil que culminó con el sometimiento de la nación a Roma) lo que sostuvo al remanente de fieles creyentes fue la esperanza de que algún día la luz iba a romper esa oscuridad. En Lucas 1:78-79, Zacarías expresó el deseo ferviente de quienes temían a Dios de que el “Lucero de la mañana” (el Mesías) llegara y disipara la oscuridad espiritual que había mantenido a la nación en sus garras durante tanto tiempo.

Sin duda alguna, Zacarías tenía en mente la promesas que Dios había hecho cuatro siglos antes por medio del profeta Malaquías: “Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada” (4:2). La profecía mira hacia la venida del Mesías, el Señor Jesucristo, quien liberará a quienes por creer en Él se salvarán de las tinieblas del pecado (cp. Is. 9:2; Mt. 4:16; Lc. 2:25-32; Jn. 1:5; 8:12; 12:35-36, 46; Hch. 26:18; Ef. 5:8; Col. 1:13; 1 Ts. 5:4-5; 1 P. 2:9; 1 Jn. 1:6-7). Además, el Salvador y Redentor que iba a venir sería el mismo Dios; según la profecía de Malaquías “vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis” (3:1).

El Antiguo Testamento concluyó entonces con la promesa más positiva de esperanza. El Sol de justicia nacería, y su gloriosa luz disiparía la oscuridad espiritual que afectaba a las personas. Pero así como la oscuridad es más profunda exactamente antes del amanecer, así también los cuatro siglos desde la época de Malaquías habían sido el tiempo más siniestro de todos para Israel. El pueblo judío se había hundido más y más en la apostasía. La nación había abandonado la verdad del Antiguo Testamento de que la salvación es solo por fe (Gn. 15:6; cp. Ro. 4:3, 9, 20-22; Gá. 3:6) y no por legalismo, justicia propia ni obras meritorias. Su religión consistía en rituales vacíos e interesados (cp. Mt. 23:5-7) que no podían salvar (Ro. 3:20) y que atrajeron dura reprimenda de parte del Señor (cp. Dt. 9:4; Is. 29:13; 64:6; Jer. 12:2; Mt. 23:27-28; Mr. 7:6-7; Lc. 16:15). Así concluyó con tristeza el apóstol Pablo: “Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro. 10:2-3). Ante tal hipocresía, Dios había permanecido en silencio; no se había comunicado con su pueblo por medio de profeta, revelación o milagro durante los cuatrocientos años desde la época de Malaquías.

La profecía de Malaquías incluía la promesa de Dios de enviar un “mensajero” (“heraldo”; “precursor”; “predecesor”) antes de la venida del Mesías (3:1). La llegada de tal mensajero señalaría la ruptura del largo silencio de Dios hacia su pueblo. Su predicación sería un faro de luz en la oscuridad espiritual de

Israel; él proclamaría la noticia largamente esperada de la “luz verdadera” (Jn. 1:9), la inminente llegada del Mesías (Mt. 3:3; Mr. 1:2-3; Lc. 3:4-6; Jn. 1:23), e invitaría al pueblo a preparar sus corazones para recibirlo (Mr. 1:4; Lc. 1:16-17, 76-77; cp. Is. 40:3; Mal. 3:1).

Era esencial que Lucas comenzara la epopeya de la salvación con la historia de ese precursor, Juan el Bautista, por varias razones. Primera, para relacionar al Antiguo Testamento con el Nuevo. Estos no enseñan diferentes religiones ni proponen dos maneras distintas de salvación. Al contrario, son una revelación unificada de parte de Dios que ofrece la esperanza de redención a través de la fe en el Dios vivo y verdadero, y en su Hijo, el Señor Jesucristo.

Segunda, Juan el Bautista era el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Ese cumplimiento demuestra la exactitud de tales predicciones, lo que vincula aún más al Antiguo Testamento con el Nuevo, y coloca al Nuevo Testamento como Escrituras a la par con el Antiguo.

Tercera, según se señaló anteriormente, fue por medio de Juan el Bautista que Dios rompió su prolongado silencio de siglos. La aparición de Gabriel fue la primera comunicación sobrenatural, y Juan fue el primer profeta en cuatrocientos años.

Cuarta, el nacimiento de Juan fue milagroso en el hecho de que sus padres (igual que Abraham y Sara) estaban más allá de la edad de procrear. Tal suceso anunció el nacimiento virginal aún más milagroso del Señor Jesucristo.

Por último, y más importante, la historia de Juan el Bautista establece que él era el precursor divinamente profetizado del Mesías. Por tanto, su testimonio relacionado con Jesús (cp. Jn. 1:29) verifica que Jesús era el Mesías.

Igual que cualquier historiador competente, Lucas conocía la importancia de poner su narración en el contexto adecuado. En consecuencia, comenzó su relato con una breve descripción del escenario histórico antes de relatar la asombrosa historia del anuncio de Gabriel a Zacarías con relación a Juan.

ANTECEDENTE HISTÓRICO

en los días de Herodes, rey de Judea, (1:5a)

Herodes (Herodes I o el Grande) es el primero y más conocido de la familia Herodes mencionada en el Nuevo Testamento (los otros son Antipas [Lc. 3:1; cp. Mt. 14:1-12; Lc. 23:7-12], Felipe [Lc. 3:1], Arquelaos [Mt. 2:22], Agripa I [Hch. 12], y Agripa II [Hch. 25:13; 26:1ss]). A pesar de que los evangelios lo mencionan solo aquí y en Mateo 2:1-22, **Herodes** representó un papel importante en los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Cristo.

El padre de Herodes, Antípater, había apoyado a Julio César, arriesgando incluso su vida por él durante la última guerra con Pompeya. En agradecimiento,

César hizo a Antípater procurador (gobernador) de Judea. Antípater a su vez nombró a Herodes (entonces de solo veinticinco años de edad) como gobernador de Galilea. Herodes se ganó inmediatamente el favor tanto de los judíos galileos como de los funcionarios romanos al matar a un notable jefe de bandidos y a muchos de sus seguidores. Tras la muerte de su padre Herodes, después de huir a Roma para escapar a la invasión parta de Palestina, fue declarado **rey de Judea** por parte de Octaviano y Antonio (con la confirmación del Senado) en el año 40 a.C. Con la ayuda de los romanos, Herodes sacó a los partos de Palestina y estableció su reino, convirtiéndose en el gobernante indiscutido en el 37 a.C.

Herodes no era judío sino idumeo (edomita). Puesto que los edomitas (descendientes de Esaú) eran enemigos tradicionales de Israel (Nm. 20:14-21; 1 R. 11:14-22; 2 R. 14:7; 2 Cr. 25:5-16; Sal. 137:7; cp. Jer. 49:7-22; Ez. 25:12-14; 35:15; Am. 1:11-12; Abd. 1-21), Herodes sintió la necesidad de congraciarse con el pueblo judío. Se casó con Mariana, quien pertenecía a la prestigiosa y acaudalada familia judía asmonea que había gobernado a Israel durante gran parte del período intertestamentario. El hombre también utilizó todas sus considerables habilidades diplomáticas, oratorias y administrativas para aumentar su prestigio con los judíos. Herodes llevó a cabo un vasto programa de obras públicas, resaltado por la reconstrucción del templo (aún en funcionamiento durante el ministerio de Jesús), y la construcción de la ciudad portuaria de Cesarea. También revivió la ciudad de Samaria y edificó la notable y prácticamente inexpugnable fortaleza de Masada. Mostró favor hacia el pueblo reduciendo dos veces los impuestos, y durante la severa hambruna del 25 a.C. Herodes incluso fundió objetos de oro de su palacio a fin de comprar alimentos para los pobres. Era tan popular con algunos judíos que estos formaron el partido pro-Herodes llamado los herodianos (Mt. 22:16; Mr. 3:6; 12:13). Igual que los fariseos y los saduceos, los herodianos eran enemigos de Jesús (Mr. 12:13).

No obstante, a pesar de estos logros positivos, había un lado negativo en Herodes. Podía ser despiadado, cruel e inmisericorde, y era increíblemente celoso y paranoico, con temor constante de que alguien le usurpara el poder. La crueldad y la sed de sangre de Herodes se manifestaron, entre otras cosas, en el asesinato de su esposa, su hermano, su madre y varios de sus propios hijos. Su bárbaro salvajismo alcanzó un horrible punto bajo en la masacre de los inocentes (Mt. 2:16-18), que fue motivada por su temor de que “el rey de los judíos, que ha nacido” (Mt. 2:2) lo suplantara. Cuando comenzó la narración de Lucas, el largo reinado de Herodes se acercaba a su fin.

Después de exponer el antecedente histórico, Lucas volvió su atención hacia Zacarías. Describió la rectitud personal, la responsabilidad sacerdotal, la respuesta a la revelación profética, y el reproche divino por la respuesta incrédula del sacerdote.

RECTITUD PERSONAL DE ZACARÍAS

Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. (1:5b-7)

El elenco de personajes de Lucas pasa abruptamente del orgulloso rey Herodes al humilde sacerdote llamado **Zacarías**. **Zacarías** (“Jehová se ha acordado”), era un nombre común en las Escrituras, y este Zacarías, en particular, era solo uno de los miles de sacerdotes de Israel, que ejercía sus funciones en el anonimato en un remoto pueblo de Judea.

Ser sacerdote era representar a Dios ante el pueblo; se trataba de una posición sagrada y respetada (cp. Éx. 29:8-9, 44; Nm. 18:7). Los sacerdotes eran los agentes del gobierno de Dios en la teocracia de Israel. Llevaban a Dios a las personas mientras enseñaban e interpretaban las Escrituras, y las aconsejaban y juzgaban (Nm. 5:14-15; Dt. 17:8-13; 21:5; 33:8, 10; Mal. 2:7). También era deber sagrado de los sacerdotes llevar al pueblo ante Dios al ofrecer sacrificios en el templo por los pecados de ellos (Éx. 29:10-19; Lv. 4:13-20; 2 Cr. 29:34; 35:11). En el transcurso de un año, cada sacerdote dejaba sus funciones locales para servir en el templo de Jerusalén dos veces durante una semana. El inicio del relato de Lucas halla a Zacarías en el templo para una de sus semanas semestrales de servicio.

La observación de Lucas de que Zacarías formaba parte **de la clase de Abías** no necesariamente significa que fuera descendiente de Abías. David, Sadoc y Ahimelec habían organizado el sacerdocio en divisiones de veinticuatro horas (cp. 1 Cr. 24:4-19), la octava de las cuales era la de Abías (v. 10). Pero después del cautiverio babilónico solamente cuatro de las veinticuatro divisiones sacerdotales regresaron a Judá (Esd. 2:36-38). Sin embargo, por tradición, los judíos querían divisiones de veinticuatro horas, por lo que los dirigentes dividieron las cuatro divisiones restantes en veinticuatro y les restauraron sus antiguos nombres. Por tanto, Zacarías, aunque es probable que no fuera de la línea familiar de Abías (Abías no fue una de las divisiones que regresaron después del exilio), sin embargo servía en la división que llevaba ese nombre.

Se esperaba que cada sacerdote se casara con una mujer israelita que fuera virgen (cp. Lv. 21:7, 14; Ez. 44:22). Sin embargo, Zacarías fue más allá de eso, y **su mujer era de las hijas de Aarón**. Ella se llamaba **Elisabet**, igual que la esposa de Aarón, un nombre que significa “Mi Dios es un juramento” y que celebra la fidelidad de Dios. Puesto que todos los varones calificados descendientes de Aarón eran sacerdotes (Éx. 29:9; 40:13-15; Lv. 21:17-23; Nm. 3:3; 18:7), Elisabet estaba familiarizada con el sacerdocio; la mayoría de los hombres en su familia habrían sido sacerdotes.

Zacarías y Elisabet formaban una pareja extraordinaria, muy adecuada para ser los padres del precursor del Mesías. En un sombrío período de hipocresía, legalismo y deserción de la verdadera adoración a Dios, **ambos eran justos**. Y, a diferencia de los hipócritas farisaicos a quienes Jesús fustigó (cp. Mt. 6:2, 5, 16; 23:13-29; Jn. 5:44), Zacarías y Elisabet eran justos no delante de los hombres, sino **delante de Dios**. Dios los justificó en la manera en que siempre justificó a los redimidos: por fe. Así escribió Moisés acerca de Abraham: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Gn. 15:6). Zacarías y Elisabet creían en el Dios vivo y verdadero, y en la revelación de su Palabra en el Antiguo Testamento (cp. Hch. 24:14). También creían que la ley de Dios era recta y cierta (cp. Sal. 19:7-8; Ro. 7:12) pero sabían que no podían guardarla (cp. Hch. 15:10; Ro. 3:20; 8:7; Gá. 2:16; 3:11, 24). Puesto que Zacarías y Elisabet comprendían que no cumplían con los estándares de justicia de la ley, también sabían que debían volverse en arrepentimiento y fe (cp. Hab. 2:4; Lc. 18:13-14) hacia un Dios misericordioso, compasivo y amoroso. Él entonces les concedería perdón (Sal. 130:3-4; Is. 1:18; Dn. 9:9; Mi. 7:18-19; Hch. 10:43) y no les imputaría sus pecados (Sal. 32:1-2; Ro. 8:33-34; cp. Ro. 3:25-26; 4:3, 9). La base para ese perdón era la muerte expiatoria del Mesías a favor de todos los que creían (Is. 53:5-6, 10-12). Por tanto, Dios cubre al pecador penitente con su justicia, así como Isaías escribiera siglos antes: “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia” (Is. 61:10; cp. 53:4-6). Zacarías y Elisabet eran los mejores ejemplos del remanente piadoso de creyentes judíos en medio de una nación apóstata. Ellos fueron declarados justos por gracia a través de la fe según la promesa del nuevo pacto que sería ratificada en la muerte de Cristo.

No obstante, Zacarías y Elisabet no fueron simplemente justificados; también fueron santificados, **y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor**. Cuando Dios imputa su justicia a los creyentes, también los santifica (1 Co. 1:30; 6:11). La justificación y la santificación están inseparablemente vinculadas, ya que “Cristo... no justifica a ningún hombre sin también santificarlo” (Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, III, 16, 1). El hecho de que Zacarías y Elisabet vivieran de manera intachable delante de Señor no significa que no pecaran, sino más bien que sus vidas se caracterizaban por la obediencia a la ley de Dios (cp. Dt. 30:8-10; Jos. 1:8). Ellos eran como Job, quien era “perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1).

Irónicamente, aunque Dios veía a Zacarías y Elisabet como justos, muchos de quienes los conocían no los consideraban así. La triste verdad era que **no tenían hijo, porque Elisabet era estéril**. Muchos en tal cultura se habrían preguntado si el pecado en las vidas del sacerdote y su esposa había hecho que Dios los dejara sin hijos, los cuales eran reconocidos como regalo de Él (cp. Gn. 33:5; Sal. 113:9; 127:3). No tener hijos era una carga sumamente difícil de soportar

para las mujeres (y sus esposos) en la sociedad judía, como lo ilustra el Antiguo Testamento (véase por ejemplo las historias de Raquel [Gn. 30:1-2, 23], y Ana [1 S. 1:4-11]).

Humanamente hablando, la situación para Zacarías y Elisabet parecía no tener esperanza, puesto que **ambos eran ya de edad avanzada**. A pesar de ser justos delante de Dios, durante toda su vida de casados habían llevado el estigma de no tener hijos. Pero quienes veían la esterilidad de Elisabet como castigo de Dios por el pecado de ella o de su esposo (cp. Jn. 9:1-3) estaban equivocados; de ahí el énfasis de Lucas en la justicia de la pareja. Sus circunstancias estaban soberanamente ordenadas por Dios, y ellos fueron vindicados cuando Él les dio un hijo; y no simplemente cualquier hijo, sino el precursor del Mesías, Juan el Bautista, el primer profeta en cuatrocientos años, el último de la era del Antiguo Testamento, y el hombre más grande que había vivido hasta ese momento (Mt. 11:11).

RESPONSABILIDAD SACERDOTAL DE ZACARÍAS

Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. (1:8-10)

Este suceso marcó la culminación del **sacerdocio** de Zacarías **delante de Dios**. El hombre se hallaba **ejerciendo** su deber para una de sus dos semanas de servicio en el templo, y **conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso**. La fraseología sencilla y natural de Lucas no transmite a los lectores modernos lo entusiasmado y feliz que Zacarías debió haber estado por esta oportunidad única en su vida.

Ser elegido **en suerte para ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor** era el más alto honor para un sacerdote. Debido a la gran cantidad de sacerdotes, muchos nunca habrían tenido el privilegio de realizar este rito sagrado. Los sacerdotes mantenían ardiendo perpetuamente el incienso en el templo (cp. Éx. 30:7-8; Lv. 16:12-13; 2 Cr. 29:11) frente al velo que separaba el lugar santo del lugar más santo (el Lugar Santísimo; cp. Éx. 26:31-33). El altar del incienso, aunque ubicado fuera del Lugar Santísimo, estaba íntimamente asociado con este (He. 9:1-5; cp. Éx. 30:1-10; 40:5, 22-27; Lv. 16:12-13). Un sacerdote ofrecía incienso cada mañana y cada tarde mientras los demás sacerdotes **y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso**. La referencia de Lucas a **toda la multitud del pueblo** sugiere que este incidente se llevó a cabo durante la ofrenda de la tarde, cuando habría habido una mayor congregación de personas.

El sacerdote normalmente realizaba sus deberes lo más rápido posible porque temía ministrar muy cerca del Lugar Santísimo. Tenía miedo que pudiera hacer algo (incluso algo al parecer trivial) que pudiera ser sacrílego o que deshonrara a Dios. En el día de la expiación, el sumo sacerdote tenía campanillas en su túnica para que quienes estaban fuera pudieran oír que se movía dentro del Lugar Santísimo y saber que aún estaba vivo.

La ascendente y aromática nube de humo de incienso simbolizaba las oraciones de arrepentimiento, confesión y acción de gracias del pueblo, por la venida del Mesías, la paz de Jerusalén, la nación, la familia, la salvación, y por el reino venidero. Además, el incienso representaba la dependencia del pueblo en Dios (cp. 1 Cr. 29:12), su sumisión a Él (cp. Dt. 27:10; 1 S. 15:22-23), y reconocía su soberanía sobre ellos (cp. Sal. 103:19).

RESPUESTA DE ZACARÍAS A LA REVELACIÓN PROFÉTICA

Y se le apareció un ángel del Señor puesto en pie a la derecha del altar del incienso. Y se turbó Zacarías al verle, y le sobrecogió temor. Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; (1:11-14)

En este momento crucial en la historia redentora, Dios intervino de manera milagrosa una vez más en los asuntos de su pueblo. Simplemente, y sin ningún alarde, Lucas registra la asombrosa verdad de que a Zacarías **se le apareció un ángel del Señor**. Esto era algo totalmente inesperado; la última aparición de un ángel había sido al profeta Zacarías casi quinientos años antes. Pero aunque ese Zacarías vio al ángel en una serie de visiones (Zac. 1:9; 2:3; 4:1; cp. Dn. 7:15-16), este Zacarías en realidad vio a este ángel con sus propios ojos. El hecho de que el mensajero celestial fuera visible, y estuviera **puesto en pie a la derecha del altar del incienso**, muestra que estaba allí de veras; no se trató de alguna aparición vaga ni de algún producto de la imaginación del sacerdote.

La inmediata respuesta de Zacarías ante esta increíble visión fue comprensible: **Se turbó Zacarías al verle, y le sobrecogió temor**. **Turbó** se traduce de una forma del verbo *tarassō*, que literalmente significa “estremecerse” o “agitarse” (Jn. 5:7); de manera figurada significa “turbarse” (Mt. 14:26), “aturdirse” (Mt. 2:3) o “alborotarse” (Hch. 17:8). La reacción temerosa de Zacarías fue típica de quienes fueron visitados por ángeles (cp. Jue. 6:22-23; 13:15-22; Dn. 8:15-18; Ap. 19:10; 22:8-9); la presencia de tales seres perfectamente santos hacía que las personas fueran conscientes de su pecado y del juicio de Dios por ese pecado (Gn. 2:17; 6:5-7; 19:24; Éx. 20:5; Nm. 11:1; 32:23; Dt. 29:20; Sal. 98:9; Is. 13:11; Jer. 32:19; Ez. 18:4). Al ver el evidente terror del hombre, el ángel

contestó de modo tranquilizador: **Zacarías, no temas** (cp. Dn. 10:12, 19; Lc. 1:30; 2:10).

El ángel no había venido con un mensaje de juicio, así que Zacarías no tenía nada que temer. Al contrario, le entregó un mensaje de bendición, informándole: **tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo**. La **oración** de que Dios les concediera un hijo sin duda era una que sin duda Zacarías y Elisabet habían hecho durante años, y que quizás habían abandonado en el pasado. Tal vez habían perdido la esperanza de que Dios contestara, en vista de la avanzada edad que tenían. Pero ahora, al fin, cuando toda esperanza humanamente hablando había desaparecido, Dios, según su propósito divino, les concedía misericordiosamente su petición. La **mujer** de Zacarías le daría **a luz un hijo**, y ellos le pondrían el **nombre** de **Juan**, la forma griega del nombre hebreo “Johanan” (“Dios es clemente”). La elección de ese nombre por parte del precursor del Mesías simbolizaba el momento decisivo en la historia redentora. Dios estaba a punto de derramar su gracia a través del regalo de su Hijo, el Señor Jesucristo (cp. Jn. 1:14, 17).

La noticia de que iban a tener un hijo produjo gran **gozo y alegría** en Zacarías y Elisabet. Pero también **muchos** otros **se regocijarán de su nacimiento**, porque Juan “hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos” (Lc. 1:16) en preparación para la inminente llegada del Mesías.

REPROCHE DIVINO POR LA RESPUESTA INCRÉDULA DE ZACARÍAS

Dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada. Respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas. Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar, hasta el día en que esto se haga, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo. Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él se demorase en el santuario. Pero cuando salió, no les podía hablar; y comprendieron que había visto visión en el santuario. Él les hablaba por señas, y permaneció mudo. Y cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa. Después de aquellos días concibió su mujer Elisabet, y se recluyó en casa por cinco meses, diciendo: Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres. (1:18-25)

Increíblemente, el temor inicial de Zacarías al ver al ángel pronto se convirtió en incredulidad. En lugar de estar agradecido, el hombre reaccionó con escepticismo. Con expresión de duda y de desconfianza infiel, preguntó con incredulidad: **¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad**

avanzada. Al igual que aquellos que oraban por la liberación de Pedro de la cárcel (Hch. 12:12-16), Zacarías se negó a creer aunque se le había concedido la respuesta que había pedido. Así como todos los creyentes, él era justo delante de Dios, pero no estaba sin pecado.

Dudar de la certeza del mensaje de Dios y de la fiabilidad de sus promesas (cp. Jos. 23:14; 1 R. 8:56; 2 Co. 1:20; Tit. 1:2; He. 10:23) es negar la veracidad divina. Por eso la incredulidad de Zacarías motivó la severa reprimenda del ángel. **Yo soy Gabriel** —le declaró—, **que estoy delante de Dios.** La frase traducida **Yo soy Gabriel** es enfática, e indica que este no era un ángel común. Como uno de los dos únicos ángeles llamados por nombre en las Escrituras (el otro es Miguel [Dn. 10:13, 21; 12:1; Jud. 9; Ap. 12:7]), Gabriel era el principal mensajero de Dios, enviado a comunicar algunos de los anuncios más prodigiosos en la historia de la redención (Dn. 8:16-26; 9:21-27; Lc. 1:26-38).

Además, el ángel había **sido enviado a** hablarle a Zacarías y darle **estas buenas nuevas** de parte de Dios mismo. Dios es soberano sobre los santos ángeles, y estos siempre ejecutan sus órdenes (cp. Éx. 23:20, 23; 33:2; Nm. 20:16; 1 Cr. 21:15; 2 Cr. 32:21; Sal. 103:21; Dn. 3:28; 6:22). **Buenas nuevas** se traduce de una forma del verbo *euangelizō* (“anunciar buenas noticias”). Esta palabra era conocida para los gentiles, ya que se usaba para expresar alegres noticias, en especial relacionadas con el ascenso de los césares al trono, destacando así la inauguración de una nueva época. La palabra aparece once veces en los evangelios, diez de ellas en Lucas. En otros pasajes se refiere a predicar la buena noticia de que Dios envió a su Hijo a morir por los pecados de todos los que crean en Él.

Como castigo por la pecaminosa incredulidad de Zacarías, Gabriel le declaró: **Ahora quedarás mudo y no podrás hablar, hasta el día en que** este anuncio **se haga** realidad. Cuando Juan fue circuncidado ocho días después de nacer, Zacarías, “pidiendo una tablilla, escribió, diciendo: Juan es su nombre... Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios” (1:63-64). Pero hasta entonces no pudo describir a los demás su experiencia sobrenatural en el templo, ni relatar la maravillosa e increíble noticia de que él y Elisabet iban a tener un hijo. Él tampoco sería capaz de realizar sus labores sacerdotales de enseñar al pueblo en su aldea. Zacarías llevaría la vergüenza del juicio de Dios **por cuanto no** creyó las **palabras** de Dios, **las cuales se** habrían de **cumplir a su tiempo.**

Las últimas palabras de Gabriel resaltan la falta de fe en Zacarías, pero también enfatizan la soberanía de Dios. Los planes y propósitos divinos, establecidos en la eternidad pasada, infaliblemente acontecerán. Sin embargo, la dicha y la recompensa que los santos disfrutaban por participar en tales realidades pueden perderse a causa de la incredulidad, y pueden reemplazarse por castigo.

Mientras tanto, a medida que esta conversación se realizaba, **el pueblo** que **estaba esperando** fuera a **Zacarías, se extrañaba de que él se demorase en el**

santuario. Se suponía que el sacerdote únicamente debía ofrecer el incienso para luego salir a pronunciar la conocida bendición (Nm. 6:23-27). Pero Zacarías, retrasado por su conversación con Gabriel, no salió a tiempo. Eso llevó a las personas a preguntarse si él había hecho algo malo y había sido juzgado por Dios. Levítico 10:1-7 describe las calamitosas consecuencias que podían sobrevenir cuando los sacerdotes eran descuidados o desobedientes:

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló. Y llamó Moisés a Misael y a Elzafán, hijos de Uziel tío de Aarón, y les dijo: Acercaos y sacad a vuestros hermanos de delante del santuario, fuera del campamento. Y ellos se acercaron y los sacaron con sus túnicas fuera del campamento, como dijo Moisés. Entonces Moisés dijo a Aarón, y a Eleazar e Itamar sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos en señal de duelo, para que no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación; pero vuestros hermanos, toda la casa de Israel, sí lamentarán por el incendio que Jehová ha hecho. Ni saldréis de la puerta del tabernáculo de reunión, porque moriréis; por cuanto el aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros. Y ellos hicieron conforme al dicho de Moisés (cp. 2 S. 6:3-4, 6-7; 2 Cr. 26:16-21).

No obstante, Dios no le había quitado la vida a Zacarías, sino que más bien le quitó de manera temporal la capacidad de hablar. Exactamente como Gabriel había dicho, **cuando** el sacerdote por fin **salió, no les podía hablar; y entonces todos comprendieron que había visto visión en el santuario.** La expresión facial y el lenguaje corporal de Zacarías hicieron evidente para los espectadores que algo traumático y extraordinario había acontecido. Tratando de comunicar lo sucedido, **él les hablaba por señas, y permaneció mudo.** El texto no se refiere a lenguaje convencional de señas... que ni Zacarías ni el pueblo habrían conocido. Él simplemente trató, de la mejor manera que podía, de comunicar con gestos lo que había sucedido.

Dándole una conclusión más bien decepcionante a lo que había sido una semana fenomenal para Zacarías, Lucas nos hace saber que **cumplidos los días de su ministerio, el sacerdote se fue a su casa.** La narración no ofrece detalles en cuanto a cómo lo recibió su esposa, ni a la reacción ante la increíble noticia que él le llevaba.

Una vez más con sencillez y sin alardes, Lucas relató el cumplimiento de la promesa de Dios para Zacarías: **Después de aquellos días concibió su mujer**

Elisabet. Lucas quiso dejar claro que ella no quedó embarazada hasta el regreso de Zacarías a casa, no fuera que lanzaran contra ella falsas acusaciones de infidelidad.

La historia de redención del Nuevo Testamento comenzó con este milagro de una pareja de ancianos teniendo un hijo. Este fue el primero de muchos milagros que caracterizarían la época de Jesús y los apóstoles. Y, como era típico en tales milagros, esta no solo fue una demostración espectacular de poder sobrenatural sino que también suplió una verdadera necesidad humana.

Una vez que Elisabet se dio cuenta de que estaba embarazada, **se recluyó en casa por cinco meses.** Debido a su edad y esterilidad, nadie habría creído que ella estaba embarazada hasta que el embarazo fuera suficientemente largo para que se hiciera evidente. Cuando fue visible, ella finalmente habló de su embarazo, y lo hizo para alabar a Dios, como indica su exclamación: **Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres.** Tal como Ana siglos antes (1 S. 1:19-2:10), Elisabet estaba profundamente agradecida porque el Señor le había quitado de manera milagrosa el estigma de no tener hijos.

La descripción que Lucas hace de Zacarías y Elisabet es de creyentes imperfectos pero genuinos. Ellos eran humildes, justos, obedientes, devotos, y servían al Señor; al mismo tiempo eran escépticos, temerosos, y hasta fueron castigados por Él. Dios es el Dios de comienzos humildes y de personas humildes, y utilizó a Zacarías y a Elisabet debido a la fidelidad de ellos a pesar de sus deficiencias. Les concedió un hijo que tendría el mayor privilegio de todos: ser el más grande profeta porque fue el precursor del Mesías. Aunque hoy día ya no es época de milagros, Dios sigue usando a personas comunes y corrientes para proclamar fielmente las buenas nuevas de salvación en el Señor Jesucristo (Mt. 28:19-20; 1 P. 2:9; 3:15), la historia que comenzó con la milagrosa intervención de Dios en las vidas de dos personas humildes y justas.